

En otro despacho del 18 del mismo mes expuso el mismo diplomático, por lo demás poco favorable á Francia, que el gobierno turco había sido muy condescendiente con Rusia proclamando solemnemente el firman en Jerusalem, y que al propio tiempo había ofendido mucho al embajador francés, que había insistido en que no se leyera el decreto, sino que se registrara sencillamente. Respecto del segundo motivo de las quejas de Rusia, á saber, el asunto de la llave de la puerta principal de la iglesia de Belen, era éste, según el mismo agente diplomático, tan infundado y vago, que ni la Puerta ni ningún embajador lo entendía.

CAPITULO III

FRANCIA, RUSIA É INGLATERRA ANTE LA COMPLICACION EN ORIENTE

Drouyn de Lhuys penetra las intenciones ocultas de Nicolás I, y trata de hacerle arrojar la máscara á fuerza de condescendencia. — El czar, apenas queda enterado del paso dado por el gobierno francés, hace al embajador de Inglaterra en San Petersburgo indicaciones respecto de la desmembración de Turquía. — Exposición diplomática de estas indicaciones y juicio que merecieron al citado embajador. — Actitud cauta del ministerio inglés, á pesar de tener presentes otras proposiciones análogas hechas en 1840 por el mismo emperador Nicolás. — Memorandum del conde de Nesselrode del 21 de febrero de 1853 destinado á suavizar las indicaciones del emperador.

A fines del año 1852 y á principios del siguiente dos pasos importantes, dados uno por el gobierno francés y otro por el ruso, disminuyeron la importancia y trascendencia de la cuestión. Cuando todo el mundo estaba en la creencia que toda la cuestión era efecto de una simple terquedad vanidosa del emperador Nicolás, sin intención mas honda, Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros de Napoleón III, descubrió con notable sagacidad el móvil verdadero de la actitud del emperador ruso, á saber: la intención decidida de acabar con la Turquía, continuando fielmente las tradiciones del tiempo de Pedro el Grande, mencionadas mas en Francia que en otro país alguno. Drouyn de Lhuys estaba además convencido de que Nicolás I dejaría ver su intención verdadera y oculta si se le quitara el pretexto de defender los intereses de la religión cismática en el asunto de los Santos Lugares (1).

En 31 de diciembre de 1852 participó al embajador francés, el general Castelbajac, en San Petersburgo, que el gobierno de Napoleón no se empeñaba en mantener las reclamaciones; y en otro despacho de 15 de enero de 1853 (2) decía el mismo embajador refiriéndose al despacho anterior que el gobierno del emperador (Luis Napoleón) se había hecho cargo, sin renunciar oficialmente á los derechos existentes, de que nada hay absoluto en las cosas humanas; que había meditado sobre las circunstancias que en los últimos sesenta años se habían ido presentando y se entregaba á la esperanza de que el gabinete de San Petersburgo, mejor informado de las intenciones y modo de proceder de la Francia, no vacilaría en hacer justicia á su moderación. Nicolás I, al ver destruidas sus obras de sitio de la Turquía por la condescendencia de ésta y de la Francia, y viendo así cerrado de improviso el camino de Constantinopla, aprovechó la entrada de lord Aberdeen en el ministerio inglés llamado

(1) Véase mi *Discurso turco*, en el cual expuse esta idea en su relación con las indicaciones del czar respecto de la división y reparto de la Turquía. Geffcken: *Zur Geschichte des orientalischen Krieges*, Berlin, 1881, prefacio; Wurm: *Geschichte der orientalischen Frage*, Leipzig, 1858, apéndice.

(2) Véase la obra antes citada de J. de Jasmund, tomo I, página 17.

de coalición para empezar ya en 9 de enero á descubrir su intención verdadera. Hizo que la gran duquesa Elena invitara para la noche de aquel día al embajador inglés sir Jorge Hamilton Seymour con su señora, á fin de facilitar una entrevista no oficial, en la cual pudiera comunicar al inglés sus ideas en forma de conversacion particular. Principió por expresar al embajador su satisfacción por la formación del nuevo ministerio, deseándole larga vida, y por encargar al embajador de hacer llegar estas seguridades al conde de Aberdeen, á quien decía conocer desde hacia ya cuarenta años y á quien tenía en gran consideración. Siguiendo la conversacion dijo que siempre había deseado ver á Rusia é Inglaterra colocadas la una al lado de la otra y unidas en amistad estrecha, cosa entonces mas necesaria que nunca; tanto que le suplicaba que comunicase á lord John Russell estas palabras: «Si nosotros estamos unidos, no me inspira cuidado el Occidente de Europa. Lo que los otros hagan ó piensen tiene en el fondo poca importancia.» En cuanto á Turquía ya era otra cosa; esta potencia se encontraba, decía el emperador, en situación crítica y podía suscitar grandes dificultades. Dicho esto, persuadidísimo de haber excitado grandemente con esta especie de exordio la curiosidad del embajador, le dió con gran afabilidad un apretón de mano é hizo ademán de retirarse. El embajador, muy distante de sospechar que el emperador quería comunicarle pensamientos mas hondos, consideró esta ocasión preciosa y acaso única para hablarle directamente de la cuestión delicada pendiente. Pidióle permiso para decir una palabra (3), y habiéndosele concedido el emperador, suplicóle que se dignara darle algunas seguridades pacíficas respecto de la Turquía. Entonces fingió el soberano ruso que prefería no divulgar sus intenciones, pero finalmente expresó su convicción de que la Turquía amenazaba derrumbarse, lo cual sería una desgracia grande, y por lo mismo convendría extraordinariamente que este suceso encontrara perfectamente de acuerdo á Inglaterra y Rusia. «Tenemos, continuó diciendo el emperador, un hombre enfermo y muy enfermo en casa, y sería una gran desgracia que se nos muriera el mejor día sin que hubiese sido preparado lo necesario.» Con esto supo lo bastante el embajador inglés para decir en la comunicacion que envió á su gobierno que se trataba de un dilema: que Inglaterra debía conservar su libertad de acción; que no entendiéndose con Rusia, siempre tendría menos motivo de remordimiento en el caso de que las consecuencias fuesen desgraciadas, y si por lo contrario entrara á tomar en consideración las contingencias de que hablaba el emperador tendría siempre hasta cierto punto participación, á lo menos como consentidora, en la catástrofe. El deseo de Inglaterra debía ser impedir toda inteligencia íntima con Rusia respecto de la caída del imperio turco, aunque la Rusia viera con mas placer que la buena inteligencia entre las dos potencias se demostrara en sucesos que tuvieran por resultado la caída de Turquía.

A fin de atenuar en lo posible la evidencia en que se había puesto, enteró Nicolás I al embajador austriaco á grandes rasgos de la conversacion que había tenido con el inglés, callando, sin embargo, su verdadera esencia; y el embajador inglés habló del asunto, conforme había anunciado á su gobierno en su comunicacion del 11 de enero, con el conde de Nesselrode, al cual creyó inclinado á la moderación, y á los pocos días recibió por su conducta una invitación á una audiencia del soberano, prueba evidente de que en caso de haber sido el canciller partidario de la moderación ó de haber

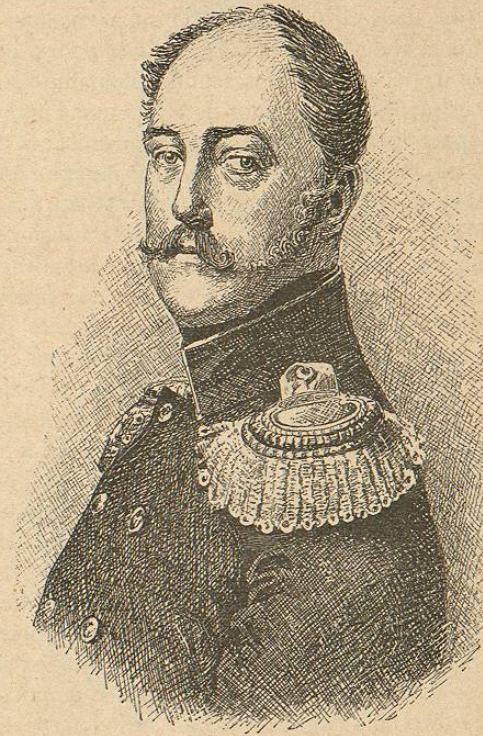
(3) Los despachos de lord Seymour se encuentran en los *Eastern Papers*, parte V.

recomendado simplemente cautela al emperador, no había obtenido resultado. En la audiencia quiso mostrarse el soberano ruso menos espontáneo á la par que excepcionalmente afable; fingió no acordarse de la invitación que había facilitado al embajador en el palacio de la gran duquesa Elena, y le dijo que había creído observar en aquella tertulia que lord Seymour tenía deseos de hablar con él sobre la cuestión oriental, para lo cual se hallaba dispuesto; pero que al entrar en ella debía remontarse á una época ya lejana. «No ignora usted, dijo, los ensueños y proyectos que ocuparon á la emperatriz Catalina y que se han ido transmitiendo hasta nuestro tiempo; pero yo, con haber heredado territorios dilatadísimos, no he heredado aquellas visiones ó intenciones, como usted guste llamarlas. Mi imperio es tan vasto y está en todos conceptos tan bien situado, que sería estúpido desear mas territorio y poderío. Muy al contrario, soy el primero en confesar á usted que el mayor y quizá el único peligro consiste para mi imperio, ya demasiado vasto, en una extensión todavía mayor. La Turquía confina con Rusia, y en interés de Rusia no puedo desear cosa mejor en la situación presente. Han pasado los tiempos en que eran temibles para nosotros el fanatismo y las empresas belicosas de Turquía, bien que tiene todavía este país fuerza bastante para conservar su independencia y ser tratado por los demás países con respeto. Ahora bien, en Turquía habitan millones de cristianos por cuyos intereses estoy llamado á velar; tengo el derecho de hacerlo en virtud de tratados; bien puedo decir con toda verdad que uso este derecho con moderación y suavidad, y confieso ingenuamente que á veces me acarrea este derecho obligaciones muy molestas, pero no puedo negarme al cumplimiento de un deber claro y preciso. Nuestra religión, tal como es, nos ha venido del Este, y esto ha creado sentimientos y obligaciones que jamás deben perderse de vista. Pues bien, sucede que la Turquía, hallándose en las condiciones descritas, ha quedado gradualmente tan postrada, que, como le dije á usted la otra noche, puede quedar súbitamente muerta, por mucho que usted y yo la deseemos larga vida. Nosotros no podemos resucitar lo que está muerto; si cae el imperio turco, cae para no levantarse mas, y por lo mismo pregunto yo á usted si no es preferible prever semejante caso á exponerse al caos, á la confusión y á la certidumbre de una guerra europea que han de acompañarla catástrofe si ésta sobreviene antes de haber dispuesto un plan para semejante contingencia. Este es el punto sobre el cual deseo que usted llame la atención de su gobierno.» El embajador contestó, dando á sus respuestas las formas mas respetuosas, que su gobierno no se encontraba en general dispuesto á contraer compromisos para sucesos posibles, y que forzosamente tendría una gran repugnancia á disponer de la herencia de un aliado y amigo antiguo en vida del mismo aliado. A esto replicó el emperador: «Es este un principio muy digno en todo tiempo y mucho mas en tiempo de incertidumbre y de cambios como el presente; pero es absolutamente necesario, y aun imprescindible, que nos entendamos y no nos dejemos sorprender por los sucesos. Voy á hablar á usted ahora como amigo y caballero: si logro que nos entendamos Inglaterra y yo, me importa muy poco lo demás; me es indiferente lo que otros hicieren ó pensaren de esto. Seamos sinceros: yo le digo á usted claramente que si Inglaterra piensa establecerse algún día en Constantinopla (1), no lo consentiré. No es que crea á su gobierno capaz de abrigar esta intención, pero bueno es explicarse en semejantes ocasiones con claridad. Por mi parte estoy tambien dispuesto á compro-

(1) Es esta una salida atrevidísima, atendida la situación de entonces.

meter mi palabra de no establecerme allí, se entiende como dueño; como depositario no digo que no me estableciera, porque podría suceder que las circunstancias, si nada se hubiese previsto y todo se hubiese dejado al acaso, me obligaran á ocupar á Constantinopla.»

Seymour quedó un momento sin saber qué decir y solo observó que, aunque no estaba preparado á dar una opinión concreta en cuestión tan delicada y trascendental, le parecía posible llegar á un acuerdo para evitar ciertas contingencias, ya que no para aprovecharlas. Al propio tiempo hizo notar al czar el peligro que ofrecían las demostraciones militares hechas en són de amenaza, porque podrían dar lugar á una contra-demostración de parte de Francia y á un



Nicolás I

levantamiento de la población cristiana contra la autoridad del sultan, tan debilitada ya por gravísimas sublevaciones y crisis financieras. A esto contestó el emperador que por su parte no se habían efectuado todavía movimientos de tropas y que esperaba que no habría necesidad de avanzar; pero que una expedición francesa provocaría inmediatamente una crisis, porque por pundonor tendría que enviar al momento sus ejércitos á Turquía, y si esto diera lugar á la caída del sultan, lo sentiría, pero tendría la convicción de no haber podido proceder de otra manera. Dejó á la consideración del embajador (y esta es una circunstancia muy significativa) el comunicar ó no al conde de Nesselrode los detalles de esta conversacion, al paso que le encargó comunicarla formalmente al gobierno de la reina y decir que él estaba dispuesto á aceptar toda comunicacion relativa al asunto. En la comunicacion secreta y confidencial que el embajador envió de esta conversacion á su gobierno en 23 de enero de 1853 aconsejó á éste con singular ingenuidad que respondiera de todos modos á las indicaciones del emperador, porque el silencio de parte del gobierno inglés daría al ruso la ventaja de justificar su conducta, en caso de ocurrir una gran catástrofe en Turquía, con no haber sido contestadas las proposiciones que había hecho á tiempo á Inglaterra, y alegar que este silencio le había dejado en libertad de seguir sus propias inspiraciones en la política oriental. Parece que el embajador creía posible que su gobierno entrara en tratos con el ruso,

porque concluía su comunicacion con esta observacion: «Sería para la civilizacion del siglo XIX un grande y noble triunfo si pudiese llenarse, sin interrumpir la paz general, el vacío que á su tiempo dejará en Europa la extincion del Islam, y efectuarse sin choques el cambio que preparan con sus disposiciones de pura precaucion las cuatro potencias principales interesadas en los destinos de la Turquía.»

Lord John Russell contestó al embajador en 9 de febrero diciendo que no amenazaba ninguna crisis que hiciera necesaria la resolucion de este gran problema europeo. El atrevido ataque turco de Montenegro habia producido una ruptura entre Austria y Turquía; pero el peligro que en esto podia haber seria para la frontera austriaca y de ningun modo alcanzaria á la autoridad ni á la seguridad del sultan. La contingencia (del derrumbamiento de Turquía) en que Rusia habia fijado su atencion no se sabia cuándo podria ocurrir, por manera que en vista de los sentimientos amistosos que animaban no menos al emperador de Rusia que á la reina de Inglaterra para con el sultan, seria difícil justificar la conveniencia de disponer de las provincias de su imperio. Además seria injusto ocultar semejante arreglo al Austria y á la Francia; y conocida ya la existencia de semejante arreglo, se aumentarian la excitacion y hostilidad de todos los adversarios del sultan (esto aludia á Grecia y á los Estados vasallos de la Turquía). El ejemplo de la guerra de sucesion es prueba suficiente de lo poco que se respetan estos convenios cuando la ocasion apremia é impulsa á faltar á ellos. La posicion del emperador de Rusia como depositario de Constantinopla, no como dueño, estaria expuesta á innumerables peligros, ya por efecto de la ambicion que desde largo tiempo anima á su nacion propia, ya por la envidia de Europa; y el dueño definitivo, cualquiera que fuese, difícilmente podria contar con la actitud indolente é inactiva de los herederos de Mahometo II. Ni Inglaterra, ni Francia, ni probablemente tampoco el Austria se avendrian á ver á Constantinopla para mucho tiempo en manos de la Rusia. En cuanto á Inglaterra, declaraba su gobierno una vez por todas que renunciaba á todo deseo é intencion de poseer á Constantinopla, y tambien estaba dispuesto á asegurar que no entraria en ningun convenio respecto del derrumbamiento eventual de Turquía sin dar previamente conocimiento á la Rusia. «En resumen, decia lord Russell, el gobierno de S. M. está convencido de que la política mas honrada, mas desprendida, y para Europa la mas benéfica, es la que S. M. el emperador ha seguido tanto tiempo, política que dará mayor lustre á su nombre que el que han logrado para el suyo los príncipes mas famosos con injustificables guerras de conquista y glorias perecederas. Para que esta política dé buen resultado es de desear que se guarden todas las consideraciones posibles á la Turquía y, sobre todo, que se eviten medidas de coaccion militar, ya terrestres, ya marítimas.» El gobierno inglés autorizó á su embajador á leer esta contestacion al conde de Nesselrode, y á dar copia de ella al emperador si lo deseara.

Se ha querido ver en esta contestacion una debilidad del gobierno inglés; pero en realidad no viene á ser mas que otro ejemplo de la táctica usada por la diplomacia de envolver al adversario en sus propias redes. El gobierno inglés, que en aquel tiempo creía todavía posible una empresa armada de Napoleón III contra Inglaterra, finge en esta contestacion no creer en la seriedad del plan ruso. Por otra parte tampoco admitia el mismo gobierno la interpretacion que se daba en Rusia á la paz de Kuchuk-Kainardi. Lord John Russell decia en la misma contestacion: «Cuanto mas se guiare el gobierno turco por las reglas de la imparcialidad y de la administracion igual para todos, menos motivo tendrá el emperador de Rusia de ejercer aquella proteccion excepcio-

nal que tan molesta é incómoda encuentra, á pesar de prescribírsele el deber y de serle confirmada por convenios.» En este pasaje no hace el ministro inglés mas que repetir el modo de ver ruso para probar que este mismo modo de ver del emperador debería desarmarle.

Toda persona despreocupada debería comprender despues de leer esta contestacion, que con ella Inglaterra se excusaba de entrar en el plan ruso; pero el emperador, á pesar de estar enterado en globo del sentido negativo de la nota inglesa, el 20 de febrero, en una reunion en el palacio de la gran duquesa heredera, continuó su conversacion con sir Jorge Hamilton Seymour. Dijo á éste que le parecia que el gobierno inglés no habia comprendido bien su idea, pues no solamente pensaba en lo que convendria hacer en el caso de que el enfermo falleciera, sino que deseaba determinar con Inglaterra lo que en tal caso no debiera suceder. Combatió la objecion de que la Turquía tenia todavía muchos años de vida, y dijo que el gobierno inglés estaba mal informado y que si él pudiera hablar solo diez minutos con los ministros de Inglaterra, por ejemplo, con lord Aberdeen, llegarían á entenderse. Citó luego al embajador á una audiencia para el dia siguiente, y este último se vió en el caso de hacer saber á su gobierno que el soberano ruso, al contar con tanta tenacidad con el derrumbamiento de un imperio vecino, debía de haber decidido en su ánimo que *si no estaba próxima la hora del derrumbamiento natural del Estado vecino, lo estaba la hora de su derribo*. El embajador estaba además convencido de que el emperador de Rusia se hallaba de acuerdo con el gobierno de Austria, y de que en definitiva se trataba de ganar á la Inglaterra á favor de una reparticion de Turquía, excluyendo del reparto á Francia.

La conversacion capital tuvo efecto el 21 de febrero y duró, segun el embajador observa expresamente en su comunicacion, mas de una hora. El emperador empezó pidiendo al embajador que le leyera en alta voz el despacho secreto y confidencial de lord John Russell, avisándole que cuando lo creyera conveniente le interrumpiría para hacer sus observaciones. Así lo hizo al llegar al cuarto párrafo, y dijo que, en efecto, deseaba una inteligencia con el gobierno inglés á fin de adoptar medidas previsoras para una contingencia tan probable como el derrumbamiento de la Turquía; que él tenia acaso mas interés que Inglaterra en evitar la catástrofe turca; pero que esta catástrofe estaba siempre amenazando y podia ocurrir ya en ocasion de una guerra extranjera, ya á consecuencia de la lucha entre el partido antiguo turco y el nuevo, que era amigo de las reformas superficiales francesas, ó á consecuencia de un levantamiento de los cristianos, tan impacientes por sacudir el yugo musulman. Respecto de la primera causa, estaba muy en su derecho llamando la atencion sobre ella, porque á no haber ordenado al general Diebitseh en 1829 que se detuviera, habria concluido ya el poder del sultan. Añadió que no habia sido el único que habia acudido al auxilio del sultan, cuando éste se habia visto amenazado por el bajá de Egipto. Al tratarse de lo que convenia no permitir dijo el emperador: «Empezaré por mí mismo. No quiero permitir la ocupacion permanente de Constantinopla por los rusos, pero tampoco permitiré que pertenezca esta ciudad ni á la Inglaterra ni á la Francia, ni á ninguna otra gran potencia. No toleraré tampoco tentativa alguna para reconstituir el imperio bizantino, ni el engrandecimiento de Grecia para hacer de este país un Estado poderoso, ni tampoco consentiré en el desmembramiento de la Turquía en varias pequeñas repúblicas que serian asilos para los Kossuth, Mazzini y otros revolucionarios. Antes de consentir en esto preferiría la guerra, que continuaria mientras me quedara un hombre y un fusil.»

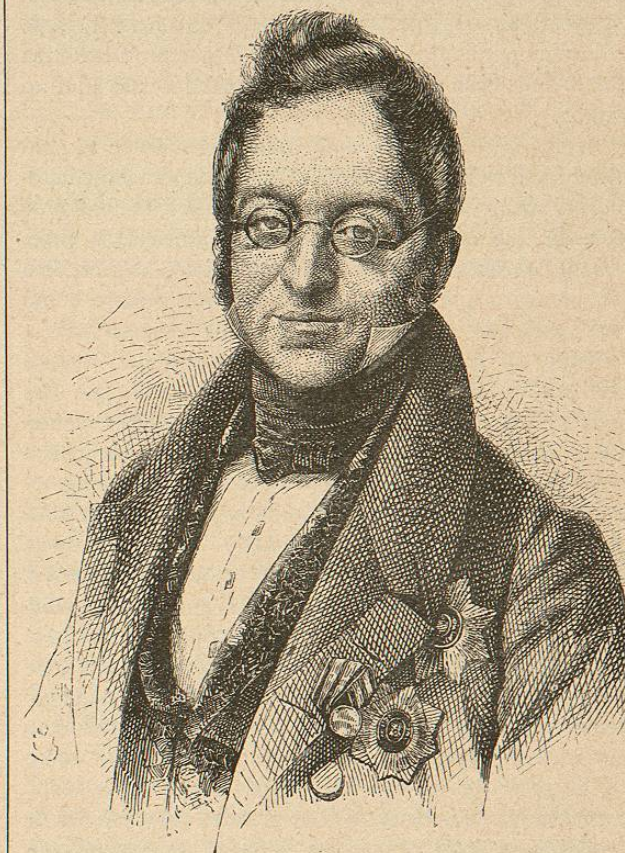
Dicho esto, el emperador instó al embajador á que le manifestase sus opiniones, á lo cual contestó Seymour proponiendo que Rusia é Inglaterra declararan que para el caso de una catástrofe turca, no se permitiria á ninguna potencia tomar posesion de provincias turcas; y que éstas permanecerian á manera de propiedad bajo sello de tribunal hasta que se hubiese decidido amistosamente á quien debian ser entregadas. A esta idea singular contestó el emperador, con gran habilidad y conocimiento, que semejante procedimiento seria factible, pero difícilísimo, porque en Turquía no habia ni gobierno municipal ni provincial, ni rudimentos para ellos; los turcos atacarian á los cristianos y éstos se echarian sobre los turcos; disputarian entre sí las diferentes sectas cristianas, por manera que todo se convertiria en anarquía y en caos. Dijo que su canciller le recomendaba tambien continuamente medidas á favor de la conservacion de la Turquía, y al mencionar la Francia dijo que no queria acusar á nadie, pero que en Constantinopla y Montenegro pasaban cosas muy sospechosas y parecia que el gobierno de Francia trataba de enredar á las potencias en Oriente para alcanzar de esta manera mejor su objeto, que sin duda era por lo pronto apoderarse de Túnez. Observándole el embajador que olvidaba al Austria, le replicó el emperador: «Cuando hablo de Rusia hablo tambien del Austria; nuestros intereses respecto de Turquía son completamente idénticos.» Del sultan dijo: «Este señor (*ce monsieur*) me falta á su palabra escrita, y procede de una manera que me disgusta en extremo. Me he contentado con enviar un legado (1) á Constantinopla para pedir satisfaccion. Habria podido enviar un ejército, si hubiese querido, y nada lo habria detenido, pero me he contentado con una manifestacion de mi poder que demostrará que no tengo ganas de ser juguete de nadie.» Tocante al asunto de Montenegro aprobó el czar mucho la actitud de Austria y añadió que no se podia menos de mostrar gran interés por un pueblo que tan adicto se mantenía á su religion y que durante tanto tiempo habia sabido defender su territorio contra los turcos. Si á Omer le diera la tentacion de exterminar este pueblo, y si á consecuencia de esto ocurriera un levantamiento general de los cristianos, seria *muy probable* que esto costara al sultan el trono. «Bien desearia yo apuntalar su poder, dijo el emperador, pero si él lo pierde una vez, lo pierde para siempre, y el imperio turco es cosa que puede ser tolerada, pero que no debe rehacerse, y en semejante empresa no gastaria yo un tiro de pistola. En el caso de deshacerse el imperio turco seria menos difícil de lo que se cree un arreglo territorial satisfactorio; los principados danubianos son de hecho un Estado independiente bajo el protectorado turco, y podrian continuar así. La Servia podria ser constituida de igual manera y tambien la Bulgaria (2).» Tocante al Egipto, comprendia perfectamente la importancia que este país tiene para Inglaterra, y si esta potencia tomara posesion del Egipto en caso de una particion del imperio turco al derrumbarse éste, no se opondria el emperador á ello, y lo mismo decia respecto de Candía. Esta gran isla convenia mucho á Inglaterra, y él no veía motivo alguno para oponerse á que fuese posesion inglesa. El embajador inglés no quiso permitir, segun se expresa en su comunicacion, que el czar se imaginara que un servidor del gobierno inglés se dejaba coger en la red con semejantes indicaciones, y contestó por lo mismo que en cuanto él sabia, jamás habia tenido Inglaterra mas intenciones respecto del Egipto que asegurarse por aquella parte una

(1) El príncipe de Menschikoff.

(2) Los sucesos posteriores arrojan una sorprendente luz sobre las indicaciones de Nicolás I.

comunicacion rápida y segura entre la India inglesa y la madre patria. Finalmente cerró el emperador la entrevista asegurando de palabra, no de corazon se entiende, que habia quedado muy satisfecho de las declaraciones del ministro John Russell en su comunicacion al embajador, y encargó al embajador, entre halagos para la reina y sus consejeros, que excitara á su gobierno á escribir mas largamente sobre este asunto y sin dilacion; que él no pedia compromiso alguno ni convenio, sino sólo un cambio de ideas, y si se quiere la palabra de caballero.

Sir Jorge Hamilton Seymour, estaba tan poco satisfecho



El conde de Nesselrode

de estas importantísimas comunicaciones, sobre todo habiendo recibido la manifiesta negativa que contenia el despacho de John Russell, que recomendó á su gobierno que incluyera en su próxima comunicacion algunas frases encaminadas á poner fin á nuevas consideraciones ó conversaciones sobre asuntos tan peligrosos. Añadió el embajador en su contestacion que no se acordaba de los términos en que el emperador se expresó sobre la política mercantil que habia de seguirse en Constantinopla cuando esta plaza no estuviese ya en poder de los turcos, pero que el sentido era que Inglaterra y Rusia tenian un interés comun en procurar la mayor facilidad para llegar al mar Negro y al Mediterráneo.

El 21 de febrero, dia en que Seymour fechó su comunicacion á su gobierno, concluyó tambien el conde de Nesselrode un memorandum destinado al gobierno inglés, y á dar á la comunicacion verbal del emperador una forma cancellorca, suavizando al mismo tiempo su alcance en vista de la actitud negativa de Inglaterra. En este documento importante se observa la mano del cauteloso consejero del soberano ruso. Expone que este último no ha pensado ni remotamente en proponer para el caso del derrumbamiento del imperio turco un plan segun el cual Rusia é Inglaterra dispusieran anticipadamente de las provincias regidas por el sultan, ni mucho menos un proyecto de arreglo entre los dos